

Álvaro del Portillo
Hoja Informativa nº 3

La familia, verdadera escuela del amor



3 *Enseñanzas*
La familia, verdadera escuela del amor

5 *Nos escriben*
El «regalo» de un niño

6 *Vida*
Un hogar cristiano

7 *Ha dicho*
Los hijos, esculturas de Dios

8 *Favores*

Mons. Álvaro del Portillo nació en España, en Madrid, el 11 de marzo de 1914. Era Doctor Ingeniero de Caminos, y Doctor en Filosofía y en Derecho Canónico.

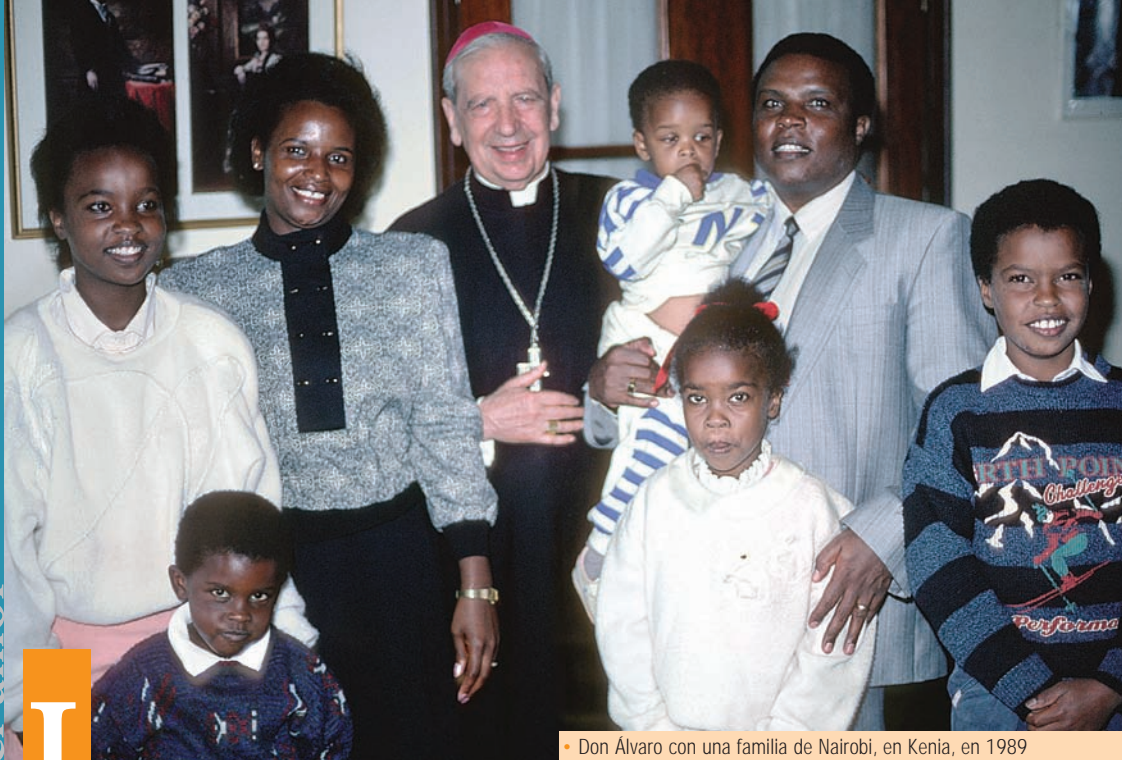
En 1935 se incorporó al Opus Dei. El 25 de junio de 1944 fue ordenado sacerdote y dos años después fijó su residencia en Roma, donde colaboró directamente con San Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei. Su servicio a la Iglesia se puso de manifiesto también en la dedicación a los encargos que le confió la Santa Sede y en particular en su activa participación en los trabajos del Concilio Vaticano II.

En 1975, tras el fallecimiento de San Josemaría, fue elegido para sucederle al frente del Opus Dei. El 6 de enero de 1991 el Santo Padre Juan Pablo II le confirió la ordenación episcopal. El gobierno pastoral del Siervo de Dios se caracterizó por la fidelidad al espíritu del Fundador y a su mensaje, con el afán de extender incansablemente por todo el mundo los apostolados de la Prelatura y la llamada a la santidad en la vida ordinaria.

En la madrugada del 23 de marzo de 1994, pocas horas después de regresar de una peregrinación a Tierra Santa, el Señor llamó a este siervo suyo bueno y fiel. El mismo día, el Santo Padre Juan Pablo II acudió a rezar ante sus restos mortales, que ahora reposan en la cripta de la iglesia prelatía de Santa María de la Paz, en Roma.

El proceso de beatificación y canonización de mons. Álvaro del Portillo se abrió en Roma el 5 de marzo de 2004.

Para tener más información acerca de mons. Álvaro del Portillo se puede consultar la página web www.opusdei.org y subscribirse al servicio gratuito para recibir las últimas noticias por e-mail.



• Don Álvaro con una familia de Nairobi, en Kenia, en 1989

LA FAMILIA, VERDADERA ESCUELA DEL AMOR

En 1994, Año Internacional de la Familia, tras la publicación de la Carta del Papa a las Familias, mons. del Portillo escribió este artículo, en el que comentaba el nuevo documento de Juan Pablo II

El nuevo documento, con un denso contenido y de una notable extensión, expone los trazos fundamentales de la institución familiar: trazos que toda persona podrá reconocer como verdaderos, gracias a la profunda sabiduría que proporciona la experiencia de la vida. Las enseñanzas del Santo Padre sobre la familia son como haces luminosos que al mismo tiempo pueden servir de orientación para este Año Internacional que estamos celebrando.

«El hombre no puede vivir sin amor. Queda por sí mismo como un ser incomprensible, su vida está falta de sentido y no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y no lo hace suyo, si no participa

en él vivamente» ha escrito el Papa en la *Redemptor hominis* (n.10). Ahora insiste en la plena realización del hombre mediante el amor verdadero, cuya esencia se encuentra en el don sincero de sí, porque no existe amor sin sacrificio.

Pero, ¿cómo es posible aprender a amar y a darse generosamente a los demás? Nada mueve tanto a amar, decía Santo Tomás, como el saberse amado. Y es justamente la familia –comunidad de personas donde reina el amor gratuito, desinteresado y generoso– el lugar donde se aprende a amar. El amor recíproco de los esposos se prolonga en el amor a los hijos. Realmente, la familia –«más que cualquier



• Roma, 22 de marzo de 1994. Aeropuerto de Ciampino. Última fotografía de Mons. Álvaro de Portillo, tomada pocas horas antes de fallecer. Al bajar del avión, por la noche, a su regreso de Tierra Santa, tuvo la grata sorpresa de encontrarse con varias familias que le esperaban

otra realidad humana»– es el ámbito en el cual el hombre es amado por sí mismo y aprende a vivir «el don sincero de sí» (n.11). Esto es, la familia en cuanto escuela de amor: con la condición, sin embargo, de que sepa conservar la propia identidad, la de una comunidad estable de amor entre un hombre y una mujer, basada en el matrimonio y abierta a la vida.

Cuando falta el amor, la fidelidad o la generosidad hacia los hijos, la familia se desfigura. Y las consecuencias no tardan en aparecer: para los adultos, la soledad; para los hijos, el abandono; y para todos, la vida se convierte en un terreno inhóspito.

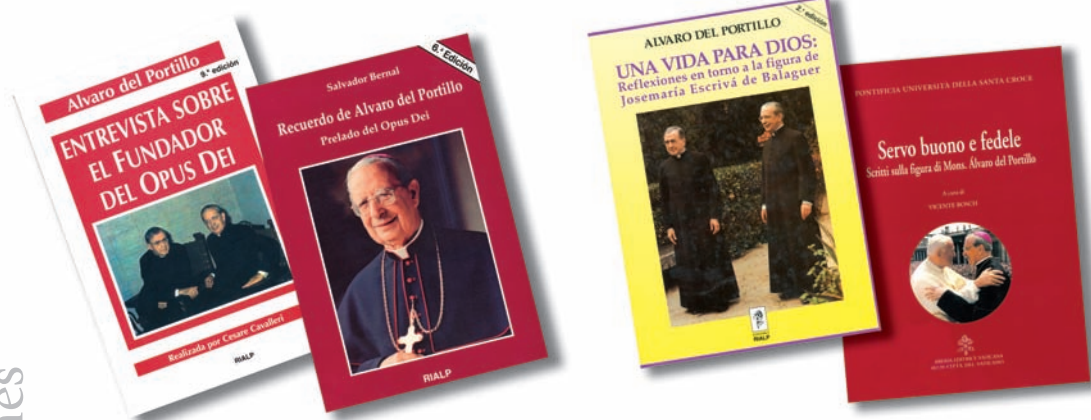
Por ello, concluye Juan Pablo II, «ninguna sociedad humana puede correr el riesgo del permisivismo en cuestiones de fondo relacionadas con la esencia del matrimonio y de la familia» (n.17): palabras que no son profecía, sino constatación. El Santo Padre convoca a todas las familias, también a aquellas que se encuentran en dificultad, para que sean fieles a su propia vocación de servicio a la vida y a la plena humanidad del hombre, fundamento de una cultura del amor.

A aquel que tuviera temor a las exigencias que esta fidelidad comporta, el Papa le dice: ¡No tengáis miedo a los riesgos! ¡La fuerza divina

es mucho más potente que vuestras dificultades! Inmensamente más grande que el mal que obra en el mundo es la eficacia del sacramento de la Reconciliación» (n.18). Todavía reciente el Día de oración y ayuno para la paz en la ex Yugoslavia, el Santo Padre vuelve a referirse a la necesidad de la oración, especialmente de la oración en la familia y para la familia. La familia es una comunidad que reza, que se dirige a Dios, en quien vuelve a encontrar su alegría, la fuerza para los momentos difíciles, el vigor necesario para ejercer la misión –excelsa y ardua– de la paternidad y de la maternidad.

Es conmovedor constatar cuánto espera el Papa de la oración de las familias. Juan Pablo II además se refiere a la necesidad de reconocer el valor insustituible del trabajo de la mujer en el hogar: «El trabajo de la mujer, que después de dar a luz un hijo, lo alimenta, lo cuida y se preocupa de su educación, especialmente en los primeros años, es tan grande que no puede compararse con ninguna tarea profesional», y «tiene, por lo tanto, que obtener un reconocimiento, incluso económico» (n.17). Por otra parte, todos sabemos que el amor de la madre en casa es un don impagable, tesoro que se guarda para siempre dentro del corazón.

Quiera Dios que esta carta del Santo Padre encienda una luz en el corazón de muchos hombres y de muchas mujeres y haga que se encuentre de nuevo en la familia la felicidad que tanto anhelan.



**ENTREVISTA
SOBRE EL FUNDADOR
DEL OPUS DEI**

realizada por Cesare Cavalleri
Ediciones Rialp,
Madrid 1993

**ÁLVARO DEL PORTILLO,
PRELADO
DEL OPUS DEI**

de Salvador Bernal
Ediciones Rialp,
Madrid 1996

**UNA VIDA
PARA DIOS**

de Alvaro del Portillo
Ediciones Rialp,
Madrid 1992

**SERVO BUONO E
FEDELE**

Scritti sulla figura di
mons. Álvaro del Portillo
a cura di Vicente Bosch
Libreria Editrice Vaticana,
Roma 2001

**FIELES Y LAICOS
EN LA IGLESIA**

EUNSA, Pamplona
3ª edición 1991

**RENDERE AMABILE
LA VERITÀ**

Raccolta di scritti di
mons. Álvaro del Portillo
Libreria Editrice Vaticana,
Roma 1995

**ESCRITOS SOBRE
EL SACERDOCIO**

de Alvaro del Portillo
Ediciones Palabra,
Madrid 1991

Como cada año, en la ciudad donde vivo y ejerzo el ministerio sacerdotal, también este año he ayudado al Párroco a bendecir a las familias. Me ha ocurrido –cosa rara– que pasé por una tienda en la que el año anterior había dado la bendición en presencia de los propietarios. Antes de entrar, una señora amiga de la familia me dijo: «¿Sabe que después han recibido el regalo?». Algo intrigado por la frase, intento con esfuerzo recordar el episodio.

Aquel día del pasado año me había entretenido algo más con aquella familia porque marido y mujer, de unos cuarenta años, me habían expuesto una preocupación suya. Estaban casados desde hacía cinco años y

aún no habían tenido hijos. Los pedían al Señor, pero el hecho que la mujer hubiese tenido ya dos abortos espontáneos, no los animaba a ser optimistas. Después de escucharlos, les dije que le pediría a don Álvaro, un santo sacerdote, su intercesión para que tuviesen un niño y les aconsejé que recurriesen, ellos también, a su intercesión. Este episodio ocurría a finales de noviembre; en septiembre del año siguiente nacía el «regalo» de un niño que ha cambiado completamente la vida de la pareja, animándoles a tener más hijos. Estoy seguro de la intercesión de don Álvaro y mando este escrito lleno de gratitud.

(Milán)

UN HOGAR CRISTIANO

Un día de julio de 1977, al comenzar el almuerzo, mientras se servía, absorto en la conversación, don Álvaro no advirtió que se ponía algunas patatas, además de las consabidas verduras. Al darse cuenta, se las pasó a don Florencio Sánchez Bella y a don Joaquín Alonso, sentados junto a él. Esto le recordó algunas palabras que le decía de pequeño Clementina, su madre. Álvaro tenía que comer rápidamente para llegar a tiempo a las clases de la tarde en el colegio. Al despedirse, tomaba algo del plato de postre de su madre, y ella solía repetir: «De tu boca te lo quitarán a ti tus hijos».

Clementina Diez de Sollano Portillo era guapa y distinguida, buena cristiana. Había nacido en Cuernavaca, en Méjico, donde vivieron sus padres hasta su regreso a España tras el proceso revolucionario que comenzó en 1910. Conservaba la nacionalidad mexicana y el acento dulce y suave del habla de aquella tierra. Realizó parte de sus estudios en Londres, en el Colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón: además de consolidar el inglés, que siempre manejó bien, tal vez aprendió allí a vivir la rectitud cristiana con flexibilidad, sin sentimentalismos, con sentido común y visión sobrenatural.

Mujer culta y aficionada a la lectura, le gustaba leer biografías y libros de espiritualidad. Tenía siempre a mano el *Kempis*. Acudía diariamente a Misa.

Su hijo Álvaro heredó algunos de los rasgos de su carácter, tales como la afabilidad y la delicadeza en el trato; la sonrisa que acompañaba sus decisiones, aún las más enérgicas, el acendrado espíritu de comprensión, que le llevaba a no hablar mal de nadie ni criticar a ninguna persona. Y heredó algo mucho más elemental: la capacidad de tomar imperturbablemente las comidas europeas más picantes, nunca tan sabrosas para él, como el viejo *chile chipotle* mexicano.



• 1927. Con Teresa, su hermana pequeña

El ambiente familiar infundió en su alma la devoción a la Virgen, a través del rezo del Santo Rosario. Y aprendió de labios de su madre una popular e ingenua oración a Santa María, que se acostumbró a rezar a diario: «Dulce madre, no te alejes, / tu vista de mí no apartes, / ven conmigo a todas partes / y solo nunca me dejes. / Ya que me proteges tanto, / como verdadera Madre, / haz que me bendiga el Padre, / el Hijo y el Espíritu Santo».

Evocaba también sus raíces mexicanas en agosto de 1977, a propósito del apelativo *Santina* –«señal de cariño, de confianza, de amor»– con que se dirigen en Asturias a su Patrona. Nos confesó que, de pequeño, llamaba a su madre «mamasita», y que después aprendió de San Josemaría a invocar a la Santísima Virgen diciéndole: ¡Madre, Madrecita!

Algunas semanas atrás, en ese verano de 1977, relató incidentalmente un detalle heroico de la vida cristiana de su madre. Aunque ella tenía gran delicadeza de alma de no hablar de esto, su hijo se había dado cuenta de que se levantaba muy pronto –me pareció entender que a las cuatro de la mañana–, se bañaba con agua fría por mortificación y, luego hacía una hora de oración. Don Álvaro asociaba estos detalles con la preocupación de doña Clementina por la fe de una persona próxima a la que quería mucho.

Su marido, don Ramón del Portillo Pardo, había nacido en Madrid y estudió la carrera de derecho en la entonces llamada *Universidad Central*.

Trabajó en la compañía de seguros *Plus Ultra*. Hombre ordenado y trabajador, muy hogareño, era –según evoca su hija Pilar– «pulcro y correcto en todo, muy educado y elegante; sumamente puntual y muy minucioso». Prevalcía en su carácter la precisión, la exactitud, la seriedad.

«De todos modos –puntualiza otro hijo, Carlos– era serio, pero no severo. No lo recuerdo en absoluto como persona adusta, envarada o fría».

Clementina y Ramón vivieron, al comienzo de su matrimonio, en calle del Caballero de Gracia. Pero pronto se trasladaron a una casa más amplia en la calle de Alcalá 75. Allí nació Álvaro. Casi en frente, estaba el «Sotaniello», una chocolatería castiza, hoy desaparecida, ligada a las actividades apostólicas del Fundador del Opus Dei en los años treinta. Más adelante, marcha-

ron al último piso de otro edificio en la no lejana Calle Conde de Aranda, número 16. Tuvieron ocho hijos: Ramón, Paco, Álvaro, Pilar, Pepe, Ángel, Tere y Carlos.

Álvaro nació el 11 de marzo de 1914 y fue bautizado seis días después en la Parroquia de San José.

Le impusieron el nombre de Álvaro José María Eulogio (este último, santo del día, según una costumbre muy arraigada entonces en España). El 28 diciembre de 1916 recibió la Confirmación, en la parroquia de la Concepción (en aquella época era usual en España administrar enseguida este sacramento a los niños).

El 11 de marzo de 1989, cuando cumplía 75 años, don Álvaro celebró la Misa en la iglesia prelatia de Santa María de la Paz. En la homilía, al repasar con gratitud tantos beneficios como había recibido del Señor a lo largo de su vida, evocó en primer término, el hecho de haber nacido en el seno de una familia cristiana, donde aprendió a ser piadoso.

Recordó a doña Clementina, «que me inculcó una especial devoción al Sagrado Corazón y al Espíritu Santo, y una particular veneración a la santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen». Y añadía: «Dios nuestro Señor quiso que fuera amigo de mi padre, y esto, evidentemente, evitó que tuviese malas amistades».

De Salvador Bernal, «Recuerdo de Álvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei», *Ediciones Rialp, Madrid 1996*

Los hijos, esculturas de Dios

No tengáis miedo a los hijos. Son siempre una bendición de Dios. En el momento de la concepción, Dios crea el alma, que es inmortal, y confía esta persona a los padres, para que la eduquen de manera que desarrolle su misión. Y la misión principal de los hombres y de las mujeres es alcanzar el Cielo y gozar para siempre, para siempre, de la compañía de Dios.

Para que alcancen este objetivo, el Señor confía en los padres, pone en sus manos aquellas tiernas almas, aquellos seres humanos acabados de nacer, para que los vayan modelando, como el escultor modela el barro para realizar una escultura. Los hijos deben ser como la escultura de Dios, deben parecerse a Él. Por esto, hijos míos, deben ser semejantes a vosotros, porque vosotros sois semejantes a Cristo.

En un encuentro con familias en Sidney, en 1987



F AVORES

Hace algún tiempo acudí a D. Álvaro pidiendo insistentemente por que se resolvieran los problemas familiares de mi hermana. Su matrimonio pasaba por un mal momento, su marido se encontraba en otro continente y no le iban bien los negocios. A mi hermana le llegaban noticias poco alentadoras para su matrimonio.

Acudimos a D. Álvaro y le pedimos que resolviera esta situación. Mi cuñado volvió y ha podido comenzar de nuevo junto a los suyos. De nuevo tuve que acudir a D. Álvaro ante una enfermedad grave de mi cuñado y antes de operarse se confesó y asistió a Misa después de muchos años. Mi hermana y mis sobrinos han vuelto a estar centrados y ahora espero que todos se acerquen más a Dios.

Le prometí a D. Álvaro que si la familia de mi hermana se mantenía en el tiempo, enviaría la información. Es hora de ser agradecidos y por eso os envié esta nota.

T. L.Ch.

Me devolvió a mi hijo

El día 31 de enero un hijo mío abandonó su familia, mujer e hijos, renunció al puesto de trabajo que tenía y marchó hacia paradero desconocido.

A través de sendos correos electrónicos, uno a su mujer y otro al director de su empresa, les indicaba que marchaba a tierras lejanas a iniciar una nueva vida y empezar de cero, ya que en la actualidad ni era feliz él ni sabía hacer felices a los demás.

Los motivos expuestos eran del todo sorprendentes e inexplicables para nosotros, pues en apariencia era un matrimonio feliz y nada hacía sospechar tal situación.

Esta decisión de mi hijo nos dejó a todos sumidos en la más profunda amargura e impotencia, pues no sabíamos a donde dirigirnos para poder localizarlo.

Al cabo de los días, miércoles dos de febrero, decidí poner el asunto en manos de D. Álvaro, y comencé a rezar con insisten-

cia y mucha devoción la oración de la estampa varias veces al día. Ocurrió que ese mismo día, por la noche, mi hijo llamó a su mujer por teléfono para saber cómo estaba ella, los niños, el resto de la familia, pero sin decir dónde estaba ni si tenía pensamiento en volver. Al menos fue un motivo de tranquilidad saber que estaba vivo. A partir de ese momento se estableció una comunicación a través del correo electrónico entre él y toda la familia (esposa, hermanos y padres). Todos instándole a que volviera y que juntos le ayudaríamos a resolver su problema. Yo seguía encomendando la situación a D. Álvaro, convencido de que me iba a hacer este gran favor, aunque no me imaginaba que sería tan pronto. El miércoles día nueve, Miércoles de Ceniza, a las seis y media de la tarde, estando yo sólo en casa, mi hijo llamó a la puerta y pude vivir en mi propia carne la escena del regreso del Hijo Pródigo que narran los Evangelios. Llamé inmediatamente a su esposa, a mi mujer y al resto de mis hijos. En unos momentos estábamos todos reunidos llenos de un gozo indescriptible.

En agradecimiento al Señor nos fuimos todos a Misa y a la consiguiente imposición de la ceniza. La situación familiar ha vuelto a la normalidad gracias al favor que hemos obtenido de Dios por la intercesión de D. Álvaro.

V.B.A.
Cartagena (Murcia)

Quiero comunicar un favor recibido de D. Álvaro, porque me había comprometido a ello, aunque el asunto objetivamente no tenga mayor importancia.

En días pasados me encontraba a considerable distancia de mi domicilio habitual, cuando mi familia, por teléfono, me hizo saber la recepción de un requerimiento de la Agencia Tributaria, que debía ser atendido por mí.

El desasosiego que me causó la noticia, por desconocer su alcance y contenido, en un primer momento me hizo considerar la vuelta inmediata a casa abandonando el curso de formación, debido a la distancia, pero decidí encomendarme a D. Álvaro

Quería testimoniar un favor concedido por la mediación de don Álvaro del Portillo.

Volviendo una tarde de la universidad, dejé olvidada en el autobús una carpeta grande. Contenía varias láminas de una asignatura de proyectos de arquitectura, entre ellas algunas que tenía que entregar en breve en la Escuela. Su contenido era pues de relativa importancia.

Cuando me di cuenta en casa de que no la tenía, volví a la parada del autobús y pregunté al primer conductor que pasó. Aunque no tenía noticia, me aseguró que daría el aviso por radio. Mientras tanto, ya había rezado una vez la estampa del siervo de Dios pidiendo el recuperar mis trabajos.

A1 cabo de un rato volví a ir a la parada, pensando que el autobús donde dejé la carpeta podría pasar en breve por allí. De nuevo recé la estampa de don Álvaro con igual intención. El primer autobús que paré a preguntar era en el que había venido. La carpeta con todo su contenido se encontraba en el mismo lugar en el que la había dejado, tras un asiento.

F.L.A. 13-XII-2004

para que me proporcionara la necesaria serenidad y paz para continuar, y que el retraso en atender el requerimiento no resultara perjudicial. Transcurrida una semana regresé a casa, recibí la notificación y pude comprobar que se trataba de una resolución de mero trámite. Quiero agradecer mediante estas líneas el doble favor recibido, tanto en lo que se refiere a la paz con que pude continuar el curso como a la satisfactoria solución final.

P.H.O

Muy señores míos:

Quiero comunicarles que mi mujer, M^aAngeles, sufría de un espolón en el talón izquierdo que le hacía la vida imposible. Los médicos la atendieron con varios y dilatados tratamientos a través de varios meses.

Incluso hizo ejercicios de rehabilitación durante dos meses, y el dolor no remitía. Ya desesperados, porque mi mujer casi no podía andar, decidimos acudir a D. Álvaro del Portillo para que intercediera por la desaparición del molestísimo dolor.

Todos los días, con la estampa de D. Álvaro en la mano, rezábamos por la curación de mi mujer y por la beatificación de D. Álvaro. Al cabo de cierto tiempo (unos quince o veinte días) le desapareció el dolor a mi mujer. Hoy ya anda sin dificultad.

Córdoba

Soy chileno, casado y tengo un hijo que se llama Álvaro (en honor a don Álvaro). En varias ocasiones don Álvaro me había dado pequeños milagros, pero nunca me había animado a escribir.

Hace unas tres semanas me operaron y me

sacaron un tumor abdominal en la mejor clínica del país con los mejores doctores. Saliendo de la operación me dijeron que el tumor era cáncer pero que no sabían la intensidad y la peligrosidad de este. Inmediatamente me encomendé a don Álvaro del Portillo.

A gran sorpresa mía, ayer lunes 14 en la mañana llega un fax diciendo que el tumor no era cáncer sino una inflamación (un pseudo tumor).

Estoy completamente seguro de que fue un milagro de don Álvaro.

Saludos,

S. K. B.

En diciembre de 2002, yendo un día por la calle tuve un grave accidente con traumatismo craneal. Consecuencia de ello he estado dos años con pérdida temporal del habla y dificultades de concentración y memoria. En los últimos meses de la baja decidí preparar una oposición, que era imprescindible para mantenerme en mi trabajo como profesora interina en un instituto de enseñanza secundaria.

En octubre comencé la preparación, y en febrero tuve que someterme a una segunda operación. El primer examen era el día 25 de junio y cuando supe la fecha decidí encomendar a D. Álvaro tanto el resultado del examen como mi rendimiento en el estudio, ya que después de la operación estaba muy cansada y me costaba grandes esfuerzos concentrarme y asimilar la información que intentaba estudiar.

En ese primer examen escrito obtuve una de las notas más altas de la oposición. Seguí encomendándole a D. Álvaro mi rendimiento y los resultados del segundo examen, esta vez oral. Pude realizarlo

con desenvoltura, seguridad y fluidez. El hecho es que no sólo aprobé el examen y saqué la oposición sino que obtuve uno de los primeros puestos.

He seguido pidiéndole con fuerza que me dieran una plaza para este curso en la misma ciudad en la que vivo. D. Álvaro ha vuelto a lucirse puesto que no sólo me han destinado para este curso a un instituto en mi ciudad, sino que además era en el que yo tenía más interés.

Atribuyo a D. Álvaro este favor ya que a pesar del esfuerzo invertido sólo yo sabía la dificultad que entrañaba para mí en ese momento una tarea intelectual de este tipo.

M. M. A.

Zaragoza, 1 de Septiembre de 2004

Desde hace bastante tiempo, estaba encomendando a don Álvaro a un antiguo compañero de universidad. Está enfermo y apenas puede caminar y salir de casa. Le pedía que este amigo se confesara porque llevaba bastantes años sin hacerlo. También fui a ver a un sacerdote de la parroquia que se mostró dispuesto a visitarle, pero esperaba que mi amigo se lo dijera.

Le insistí a mi amigo, por escrito y de palabra, para que llamara al sacerdote. Por fin, hace unos días, me comunicó que ya le había llamado y que había ido a su casa. Me dijo también que estaba muy contento y que ahora se podía morir tranquilo.

Quiero agradecer a Monseñor del Portillo esta intervención y le pido al Señor que le veamos muy pronto en los altares.

A.R.S. 17-IX-2005

Mi padre, de 86 años, padecía insuficiencia cardiaca e insuficiencia renal. Puede decirse que era una buena persona; solía asistir a Misa los domingos, pero sólo se confesaba con ocasión de algún acontecimiento como bodas o primeras comuniones en la familia, aunque últimamente llevaba varios años sin confesarse, y parece que no tenía ningún interés en hacerlo. Desde hace algún tiempo yo pedía para que se confesase, y en alguna ocasión se lo había dicho. Un día su salud se complicó, por lo que decidí poner el asunto en manos de don Álvaro, acudiendo a su intercesión.

El día seis de octubre, aniversario de la canonización de san Josemaría, por la noche, su vida comenzó a correr peligro y en un momento en que yo no estaba, mi esposa habló a mi madre diciéndole que éste sería el mejor momento para confesarse y recibir la Unción de los enfermos. Un médico, amigo nuestro, que estaba presente en ese momento, también le habló de lo bueno que sería si así lo hiciese.

Esa misma noche me quedé cuidando a mi padre y tuvimos una interesante conversación en la que, entre otras cosas, me dijo que al día siguiente se confesaría y que quería recibir la Unción de los enfermos. Así lo hizo. Luego su salud empeoró y falleció a los pocos días. En esa conversación vi claramente la ayuda de don Álvaro, no sólo por esa decisión tan importante que había tomado mi padre sino, también, porque eso nos ayudó enormemente a superar esos momentos tan duros y, además, porque algunas de las cosas que me dijo, nos han hecho mucho bien a mi familia y a mí.

Teruel, 23-X-2004



ORACIÓN

para la devoción privada

*Dios Padre misericordioso,
que concediste a tu siervo Álvaro, Obispo,
la gracia de ser Pastor ejemplar en el servicio
de la Iglesia y fidelísimo hijo y sucesor
de san Josemaría, Fundador del Opus Dei:
haz que yo sepa también responder
con fidelidad a las exigencias de la vocación cristiana,
convirtiendo todos los momentos y circunstancias
de mi vida en ocasión de amarte
y de servir al Reino de Jesucristo;
dignate glorificar a tu siervo Álvaro
y concédeme por su intercesión el favor que te pido: ...
(pídase). Así sea.*

Padre nuestro, Ave María, Gloria.

De conformidad con los decretos del Papa Urbano VIII, declaramos que en nada se pretende prevenir el juicio de la Autoridad eclesiástica y que esta oración no tiene finalidad alguna de culto público.

Este Boletín se distribuye gratuitamente.

Quien desee recibirlo puede pedirlo a:

Prelatura del Opus Dei, Oficina para las Causas de los Santos, calle Diego de León, 14, 28006. Madrid

Quienes deseen ayudar, con sus limosnas, a los gastos de edición de esta publicación, pueden mandar los donativos a:

Prelatura del Opus Dei, Oficina para las Causas de los Santos, por giro postal o por transferencia a la c/c. número 0182-4017- 57-0018820005, del BBVA, Agencia Urbana de la calle Diego de León, 16, 28006 Madrid

De conformidad con la legislación sobre protección de los datos personales, se garantiza la posibilidad de pedir la cancelación del propio nombre en la dirección del Boletín, enviando un e-mail a ocs@opusdei.es, o bien por correo a:

Prelatura del Opus Dei, Oficina para las Causas de los Santos, Diego de León, 14, 28006 Madrid

En caso de no encontrar al destinatario, devolver al remitente.

Director Responsable:
José Carlos Martín de la Hoz

Imprimatur:
+Mons. Javier Echevarría,
Prelado del Opus Dei.

Idea grafica : MCM S.r.l. - Firenze
Dep. Leg.: B.6.592-1988

Imprenta: Litoplex Industria Gráfica sa